

LA GUERRILLA DEL CURA MERINO

por NICOLAS HORTA RODRIGUEZ
Teniente Coronel de Artillería

Espoz y Mina, El Empecinado y don Julián Sánchez son, con el Cura Merino, los cuatro grandes de la lucha guerrillera en nuestra Guerra de la Independencia.

El Cura Merino ha llegado a los españoles de hoy groseramente deformado a través, sobre todo, de la atrayente prosa de Baroja (1) y (2). «El Escuadrón del Brigante» y «Aviraneta o la vida de un conspirador», nos presentan un «cura de escopeta y perro» cerril, cruel, frío y desconfiado, glorificado pocas veces y condenado las más sin apelación gracias a ese empirismo autoritario que don Pío utiliza a menudo y expresa a sangre y fuego.

¿Qué significa el Cura Merino en la guerrilla española?. Nos falta su biografía. Tenemos bastantes datos comprobados, pero no son suficientes para luchar contra ese fantasma que Baroja y la historiografía liberal nos legaron. Sin embargo, y siempre con el criterio de provisionalidad inherente a toda investigación histórica, podemos ya establecer la significación del Cura Merino en el panorama de guerra nacional que fue la lucha contra Napoleón.

Una de las notas que caracterizan a la guerrilla en sentido histórico es la importancia fundamental del jefe, generalmente su creador, como en el caso de D. Jerónimo.

Aunque la guerrilla alcance su mayoría de edad en nuestra desesperada lucha por la independencia contra el mejor ejército de la época, el guerrillero no es ninguna novedad: se trata simplemente de

(1) BAROJA, Pío: *El Escuadrón del Brigante*, de *Memorias de un Hombre de Acción*, Madrid, Renacimiento, 1913.

(2) BAROJA: *Aviraneta o la vida de un conspirador*. Colección Popular Literaria, núm. 53, Madrid, 1957.

la remoción del alma celtibérica, que frente a un enemigo poderoso, rechaza espontáneamente la jerarquía, médula de la organización militar. Esta afirmación de Solano Costa (3), especialista en historia del siglo XIX, ha sido confirmada respecto de don Jerónimo, en otro campo bien distinto, por el doctor Aznar (4), notable investigador de la Escuela de Medicina Legal de Madrid. Por el análisis del cabello del Cura Merino, se ha determinado que su tipo es celtibérico puro, mezcla de sangre euro-mediterránea y nórdica. De Roma al siglo XIX, salvando un foso de dos milenios, el «concurator» ibérico aflora en la persona del Cura de Villoviado.

Un guerrillero, «cura». No tópico, sino afirmación histórica es que uno de los cuatro «gritos» que «resonaban alrededor de las banderas nacionales» era el de «¡por los altares!». Hasta Evaristo San Miguel (5), liberal, artillero eminente y rpioso letrista del «Himno de Riego», lo confiesa. La irreligiosidad de los invasores fue causa de exasperación para el pueblo, profundamente religioso. Don Jerónimo, celtibero, sacerdote y pueblo —pueblo en ese sentido clasista correspondiente a una sociedad jerarquizada con rigidez—, fue también de los que motejaron de «herejes», sin mucha precisión en el léxico —pero con penetrante intuición—, a los soldados del Corso. No podía concebir el sacerdote español que profanasen iglesias hombres que no lo fuesen, o que exigieran de un ministro del Señor, que fue precisamente él, cargar con el bombo y los platillos de una banda militar.

Porque si el Cura Merino no tenía suficientes razones, esa injuria personal en daño del decoro de su autoridad religiosa, habría de provocar la genuina reacción individualista coadyuvante a su accesión al caudillaje, fenómeno que se repite en otros guerrilleros.

Hasta aquí, las causas principales para que un cura de pueblo, modesto, pero no iletrado, se hiciese guerrillero.

De otro lado, el sentimiento monárquico. El Cura Merino pertenece a la minoría de guerrilleros consecuentes que, tras la victo-

(3) SOLANO COSTA, Fernando: *La resistencia popular en la Guerra de la Independencia: Los guerrilleros*. En *La Guerra de la Independencia Española y los Sitios de Zaragoza*, publicación de la Cátedra «General Palafox» de Cultura Militar. Zaragoza, 1958, uág. 404.

(4) AZNAR, Blas (Dr.): *La identificación de la personalidad biológica del Cura Merino*. Conferencia pronunciada en Burgos, Círculo de la Unión, el 27 de mayo de 1963.

(5) SAN MIGUEL, Evaristo: *De la Guerra Civil en España*, Madrid, 1836.

ria, defendieron la tradición política. Sabemos que, en general, los héroes populares de 1808 aceptaron los hechos de Cádiz, y que una de sus principales preocupaciones era proclamar la Constitución en las poblaciones liberadas. Interesante problema histórico sería el de determinar hasta qué punto la insolidaridad de las guerrillas con la tradición política, fue debida a la ineptitud de Fernando VII y a los manejos de una minoría, descendiente de la de «ilustrados», puestos al frente de las Juntas rebeldes al poder de José Bonaparte.

Tras las razones, la decisión, la «voluntad de vencer». El grafismo del Cura Merino —nos lo ha dicho también el doctor Aznar—, es índice de un alto nivel volitivo. Los datos que tenemos de su actuación confirman esta conclusión científica.

Y después de las razones y de la decisión, las condiciones. He aquí el jefe. En todo conductor de hombres hay un don de mando servido, más o menos eficazmente, por unas condiciones intelectuales y una educación. En este punto uno de los rasgos del Cura Merino es el conocimiento de sus limitaciones. No es un guerrillero indómito y anárquico, que se ensoberbece. Su genio adusto pudo llevar a algunos a pensar así. Nada más lejos de la realidad. Se asesora de un «director»; se resiste a mandar fuerzas muy numerosas, fuerzas por encima de sus posibilidades. Incluso esa característica fundamental de su guerrilla, irse transformando poco a poco en fuerza regularizada, no debe achacarse a un espíritu genuinamente militar, sino —entre otras causas generales— al afán de encuadrarse en una organización más necesaria cuanto mayor es el volumen de sus unidades. En la misma línea está la buena acogida que, desde los primeros tiempos de la guerrilla, tienen en sus filas militares profesiones como Blanco y Angulo, jinete e infante que instruyen sus Escuadrones y Compañías, así como la de un nutrido grupo de estudiantes que van transformándose en oficiales al ritmo apresurado de la lucha.

Terreno y medio —armas, hombres— son, con la misión, los factores de la decisión en las operaciones de guerra. Pero en la guerrilla el primero condiciona a los otros dos, tanto que se ha podido afirmar que la guerrilla es la geografía en acción y, por ello, los hombres han de hacer armas de sus piernas.

Don Jerónimo conoce el terreno y sabe utilizarlo. Su padre fue arriero a más de labrador. Nicolás Merino hacía viajes «al no-

roeste del Ebro» (6) y no es aventurado suponer que el hijo, hasta su marcha a Covarrubias a los dieciocho años, le acompañase a veces. Don Jerónimo es cazador y el sentido de la caza es un buen ejercicio para adquirir el sentido de la lucha. Don Jerónimo cuenta también en su haber con un aprendizaje de «huido». Desde aquella fecha imprecisa (7), de su marcha al monte tras el desplante frente a los soldados franceses que le injuriaron, su guerrilla empezó por él mismo, y se fue formando muy poco a poco, mientras sus hombres se apostaban, se escondían y escapaban. Estos hombres son, en gran parte, arrieros, contrabandistas, pastores, labradores, gente en fin que cuenta con la tierra, porque ella les da su amparo y su castigo. Y esto es lo que importa: contar con el terreno y darlo vida, por la emboscada, por la huida o por el fuego.

Está ya demostrada históricamente la eficacia de las acciones guerrilleras en el conjunto de las operaciones militares de nuestra guerra contra Napoleón. Pero acaso, las dos guerrillas cuya contribución a la victoria haya resultado más decisiva, sean las de Espoz y Mina y la del Cura Merino. En esto, como en tantas cosas de la guerra —y más en el siglo XIX— manda la geografía. Las acciones guerrilleras de Merino se desarrollaron sobre la submeseta o altiplanicie del Duero, región muy significativa en la Guerra de la Independencia y en toda la Historia española, puesto que forma parte del sistema natural de comunicaciones para un enemigo que venga de Francia por el extremo occidental pirenaico. Luego, una vez consumada la invasión, este sistema es el que permitirá o no, según la actividad de las guerrillas, alimentar la lucha con tropas, armas, provisiones, órdenes, partes, etc. Dentro de la submeseta, la masa agreste de las serranías ibérico-sorianas con sus comunicaciones, es la zona principal de la gesta del Cura Merino. Esas comunicaciones confluyen en Soria y Burgos. Basten estos nombres para situar funcionalmente sobre la atormentada tierra española a la guerrilla de don Jerónimo.

Digamos algo de su táctica. Baroja (8), juzgando en romántico, o sea, desmesuradamente, censura que el Cura Merino no com-

(6) *Biografía de Don Jerónimo Merino Cob, Cura de Villoviado*, 2.^a edición, Lerma, 1944.

(7) En el caso del Cura Merino como en el de otros muchos guerrilleros, resulta muy difícil concretar con rigor histórico la fecha de iniciación de sus actividades bélicas. Al autor, hasta ahora, no le ha sido posible.

(8) Obras citadas.

bata nunca a fuerzas superiores, que huya cuando pueden vencerle, que prepare sorpresas, que se sirva de espías y de la población no combatiente. Pero resulta evidente que es todo esto lo que debe hacer, lo que puede hacer el guerrillero. La guerrilla es —o no es nada— la enemistad absoluta frente al injusto, alevoso y omnipotente agresor. Muchas veces, cuando se califica de cruel a un guerrillero, se olvida este sencillo principio. La crueldad de Merino en la Guerra de la Independencia es un mito, incluso fuera de esa absolución general que la Historia otorga al guerrillero.

I. EVOLUCIÓN DE LA PARTIDA DE MERINO EN 1809

Uno de los capítulos a considerar en el problema histórico del guerrillero es el de cómo algunas de las primitivas partidas, pura reunión de hombres, fueron evolucionando en el transcurso de la Guerra de la Independencia hasta llegar a constituir verdaderas unidades militares; y cómo otras, enquistadas en sus primitivos moldes, fueron disueltas o absorbidas por unidades con más personalidad, o se mantuvieron independientes e indisciplinadas hasta su fin, el cual llegaba con la liberación de su zona de acción o, incluso, con su destrucción por otra guerrilla rival.

La del Cura Merino pertenece a las primeras. La «Guía de Forasteros» de 1815, cuando ya don Jerónimo ocupaba la vacante que en la Catedral de Valencia había dejado el canónigo don José Faustino Alcedo, recogía en sus páginas los nombres de dos Regimientos: uno de Infantería de línea, el de «Arlanza»; otro de Caballería ligera, el de «Húsares de Burgos». Se rendía así, sin pretenderlo, homenaje a unas unidades formadas a lo largo de la guerra, y que habían tenido su origen en la decisión del modesto sacerdote burgalés, asistido moral y materialmente por un pueblo celoso de su independencia, de su religión y de sus tradiciones. A los nombres de cada Regimiento se unía la descripción de los uniformes. Un uniforme que fue naciendo, como la unidad, al compás descompasado de la lucha; que primero fue ilusión de un símbolo, luego expresión de madurez, y más tarde, emblema de una empresa por la que tantos dieron lo mejor que tenían. Un uniforme que hoy recordamos como pieza de museo, pero que estuvo muchas veces manchado y roto, empapado en sudor y en sangre, y que fue a menudo

indiscutible salvoconducto para la gloria del martirio. Héroe de «casaca corta, chaleco, pantalón y botín pardo, vuelta, cuello y vivo encarnado y divisa blanca», los de «Arlanza». Héroe con «capote, pelliza y pantalón azul celeste, dolman, vuelta y cuello anteado, botón blanco de cabeza de turco» para los caballeros de «Húsares de Burgos».

Héroe que han pasado a la Historia de la mano de don Jerónimo Merino. Primero fue él solo, con su escopeta de buen cazador al acecho. Después, en unión de su sobrino y un criado. Luego, con los arrieros, labradores, pastores, contrabandistas, carboneros de la sierra, estudiantes... Pero siempre de un modo tan contundente e incisivo, que ya el 3 de mayo de 1809, a pesar de la obligada lentitud de los refrendos oficiales, se le designa en un documento de la Junta Suprema «comandante de una partida de paisanos», en unión de «don Domingo Hortiguëla», sacerdote también, beneficiado de Pineda Transmonte (Burgos). Mando compartido y efectivos muy escasos. Con veinte hombres llegan por entonces a Santo Domingo de Silos, buscando algún caballo y algunas pistolas (9).

De 3 de mayo a 16 de septiembre de 1809, la «milicia de la Cruz Roja» se transforma en «Compañía» de la que Merino, a quien se le concede el grado de capitán de Infantería, es su único comandante. «Compañía» y «capitán» son ya dos términos puramente militares, que se han asociado a aquella «partida de paisanos», como expresivos de su transformación. El Cura Merino, desertor en sus años mozos del Batallón de Milicias Provinciales de Burgos en circunstancias desconocidas, ha intuido genialmente a poco de empezar la lucha, que la victoria sólo puede llegar por un camino, el de la combinación de los modos y formas de la lucha regular e irregular. Se trata de una guerra nacional, que no podrá sostenerse sin el pueblo. Se trata también de una guerra contra el mejor ejército de su tiempo, en la que no se alcanzará el triunfo si se olvida lo clásico, las batallas campales, el asesoramiento militar, la unidad de mando —tantas veces dañada—, la jerarquización, la instrucción y la disciplina.

Ese tiempo que va del 3 de mayo al 16 de septiembre de 1809 tiene, pues, una honda significación para la guerrilla del Cura Merino. Desde aquella reunión de San Pedro de Arlanza, inicial acatamiento del guerrillero a los poderes central y provincial, así como

(9) MORENO, P. Domingo de Silos: *Memorias. Silos durante la francesada*, en Boletín de la Institución «Fernán-González», año XLI, núms. 158 y 159.

a los asesoramientos necesarios, su actuación se va ajustando a lo intuitivo lenta y progresivamente (10).

Pero el guerrillero no tiene inicialmente el crédito que a un oficial le otorga su despacho. Este puede revalidar y acreditar el suyo en los combates. El partidario ha de sacarle de la nada, en un esfuerzo heroico ante el enemigo, soportando la fatiga y el hambre, el dolor y el sueño; soportando, sobre todo, el temor a una gravísima responsabilidad, y luchando además contra muchos de sus compatriotas, los conformistas, los precavidos y los defensores del mal menor.

Lo primero es, por tanto, ver qué hizo el Cura frente al ejército napoleónico, sobre la dura tierra de Castilla, entre esas fechas clave, para que el poder central le atribuyese el mando único y le otorgase el grado de capitán de Infantería. He aquí el escueto balance:

Correos apresados con sus valijas.—Dos.

Convoyes de municiones tomados al enemigo (uno de más de cien carros).—Dos.

Convoy de granos (requisados por los franceses), apresados por Merino.—Uno.

Bajas enemigas: Muertos, 90; prisioneros, 50.

Ataque a la guarnición francesa de Lerma, a quien obliga a encerrarse en el palacio ducal.

Salvamento del tesoro de Santo Domingo de Silos, simulando un saqueo.

Se trata de acciones deducidas de diversos documentos coincidentes (11), y no hay que olvidar que los guerrilleros no solían tener tiempo ni ocasión de hacer contar por escrito sus hazañas.

Del lado francés sabemos, y acaso éste es el más valioso testimonio, que en el mes de julio de ese año, no salían de Burgos con dirección a Madrid ni Valladolid, correos ni convoyes que no fueran escoltados por fuertes columnas de Caballería e Infantería (12). No sólo Merino, desde luego, pero sí él principalmente, había creado

(10) GÓMEZ DE ARTECHE Y MORO, José: *Historia Militar de España de 1808 a 1814*. Para estas fechas, tomo VII

(11) Especialmente de la obra citada en la nota 6. En cuanto al salvamento del tesoro de Santo Domingo de Silos, se relata por el P. Domingo de Silos Moreno, en el núm. 158 del Boletín citado en la nota 9.

(12) GÓMEZ DE ARTECHE Y MORO, José: Ob. y tomo citados, pág. 24.

las condiciones dentro de la zona de sus habituales correrías, para que el ejército francés se viese en la necesidad de tener, además del de operaciones, otro ejército de ocupación que se restaba así de la masa de maniobra.

Todo esto lo había logrado el Cura Merino con pocos efectivos, mal armados y mal equipados. Es imposible determinar el número de sus hombres en las fechas indicadas. La guerrilla se encuentra en formación, su disciplina es aún embrionaria y, además, como parte integrante de la genuina táctica guerrillera, el Cura divide sus fuerzas, dispersa y vuelve a reunir sus hombres. Es evidente, sin embargo, que contra algunas fantasías que confunden la apología con la Historia, tenemos un testimonio incontrovertible, el del cronista de Silos, padre Moreno, que refiriéndose al 8 de julio del mismo 1809, dice: «Como esa partida de guerrilleros estaba aún en sus comienzos, era cosa de ver a unos sin fusiles, a otros a caballo y sin sillal ni estribos, y de forma parecida a los demás». Añade que pasaron por Silos «en tropel», y que el que no tenía armas tomaba «algún cuchillo, algún palo u otro artefacto». Señala, además «que muchos paisanos les siguieron con algazara» (13).

Otros acontecimientos, sin duda, contribuyeron a sentar las bases de la guerrilla de don Jerónimo entre las fechas que consideramos. Positivamente, el Decreto llamado del «corso terrestre», de 17 de abril del repetido año, legalización de la lucha guerrillera (14), y la aprobación en 17 de julio por la Junta Central de la primitiva Junta de Burgos (15). Y, en sentido negativo, el recrudescimiento de la lucha gracias al Decreto dado en 18 de agosto por el Intruso sobre extinción de órdenes religiosas. A propósito de él diría Merino años más tarde: «Tampoco los frailes son la religión, y cuando se dio, sin embargo, el Decreto de extinción de los regulares, un grito de indignación se oyó por toda España; sólo se escuchaba el clamor de que «nos quitan los conventos, nos arrebatan nuestra religión; peleemos, pues, hasta morir todos por ella; ¡y todos peleamos!» (16).

(13) Núm. 158 citado del Boletín de la Institución «Fernán-González», páginas 79 y 80.

(14) Puede verse esa famosa disposición en forma extractada, en SOLANO COSTA (*ob. cit.* en la nota 3), 415, nota 32.

(15) SALVÁ, Anselmo: *Burgos en la Guerra de la Independencia*, Burgos 1913, página 115.

(16) Pág. 30 de la «Biografía» citada en la nota 6.



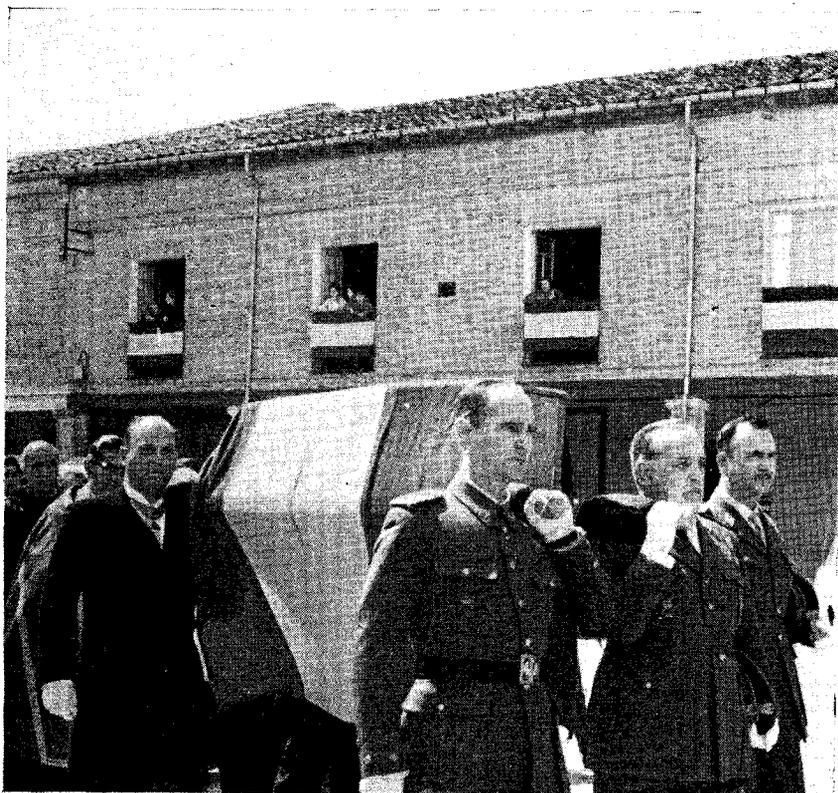
Curioso retrato de D. Jerónimo Merino, obra de Luis López, hijo del famoso D. Vicente López El dibujo, hecho con lápiz negro, en 1823. La inscripción «El cura Merino» que figura en tinta al pie, es autógrafa del dibujante. *Reproducción al tamaño del original*



Estampa popular, dibujada por Urrabieta, en la que aparece el cura Merino enfrentándose con los liberales



La misa del 2 de mayo de 1968, en Lerma, con motivo del entierro de los restos de don Jerónimo Merino



El féretro del cura Merino desfila a hombros por las calles de Lerma. Portaron las andas, entre otros, los Caballeros Laureados: generales Rodrigo y Gómez Zamalloa, y el teniente coronel Palacios

De septiembre a diciembre de 1809 se acentúa el matiz militar de la hueste de Merino. Hay en ella varios oficiales del ejército como instructores, los que luego mandarán algunas de sus unidades. Después de la batalla de Ocaña (19-XI-1809), desastre sin precedentes para las fuerzas españolas, la guerrilla del de Villoviado es una unidad que progresa en su regularización, y que cuenta poderosamente en la lucha. Tiene su cuarteil general en Salas de los Infantes (Burgos), depósito de prisioneros en Neila..., y para que no falte el testimonio enemigo, el Comandante General de Burgos persigue activamente a don Jerónimo con dos pequeñas columnas que, tras algunas escaramuzas, han de resignarse a dejar guarecerse al guerrillero en la Sierra de Mambas, en la Demanda, en la de Urbión o en la de Cameros. Se preparaba así el Cura Merino a la campaña 1810-1811, en la que tuvo una importante participación coadyuvante al fracaso de la invasión de Massena en Portugal.

II. EL CURA MERINO EN UNA CAMPAÑA DECISIVA

Antecedentes

A principios del 1810, casi todo el territorio nacional se encuentra ocupado, aunque no dominado, por el invasor francés, con unos efectivos aproximados a los 290.000 hombres. Sojuzgada Austria, «cien veces rebelde a su vencimiento» y firmada la paz de Viena el 14 de octubre de 1809, Napoleón tiene libertad de acción para reforzar su ejército de España.

Mientras Wellington y sus «devitas rojas» se encastillan en Portugal, los españoles, con sobrados motivos para sentirse descorazonados por las repetidas derrotas, mantienen residuos de ejércitos en la zonas no ocupadas. En enero de 1810, el Intruso lleva sus fuerzas a Andalucía tras el espejuelo de la revancha de Bailén, y la Junta Central, trasladada de Sevilla a Cádiz el 27, recibe con alborozo a los 9.000 hombres de Alburquerque que Víctor, sin escuadra, ha de limitarse a bloquear por tierra. España se encuentra, pues, «casi totalmente sumergida en la marea invasora» (17), y el remedo de soberanía que representa la «Regencia del Quintillo», así como

(17) PRIEGO LÓPEZ, Juan: *La Guerra de la Independencia (1808-1814). Síntesis político-militar*, pág. 131.

el planteamiento de unas inoportunas contiendas políticas (18), colocan a nuestra Patria al borde del desastre.

Correlativamente, Inglaterra, nuestra aliada, se ahoga bajo montes de mercancías gracias al bloqueo continental, y las provincias americanas, en virtud de un proceso de atomización del poder análogo al de las Juntas Provinciales, dan cabida a diversos pretextos para romper sus vínculos con la metrópoli (19).

He ahí un cuadro sugestivo a los ojos de Napoleón. Tanto, que decide venir a España y terminar con el «affaire». No ocurrió, sin embargo, así. No sabemos si porque entonces disfrutaba todavía su luna de miel de consorte centroeuropeo, o porque —su eterno error— subestimaba al enemigo peninsular. Tenía la opinión de que en aquellos momentos críticos, lord Wellington, el enemigo del entusiasmo, era el único poder efectivo que representaba la esperanza española.

Después de leer numerosos relatos de la Guerra de la Independencia, hay que suscribir la misma opinión. Pero al valorar los resultados —incompletos todavía— de la labor revisionista hecha por varios historiadores españoles y extranjeros, hay que hacer una decisiva salvedad: «el único poder efectivo...», si no existiesen, al menos, ciento cincuenta y seis partidas de guerrilleros (20) con una doble significación, la de su cruenta acción sobre el enemigo y la de brazo armado del levantamiento nacional, las que en unión de aquellos residuos de ejército (imbuidos de análoga moral), son el símbolo operante de una lucha que la nación había hecho suya al saberse abandonada por el Estado.

Por una u otra de las razones apuntadas, Napoleón fue derrotado sin volver a pisar tierra española. Envió a Massena, reciente príncipe de Essling, quien contra su voluntad y acaso vislumbrando el fracaso, hubo de aceptar el mando del ejército destinado a de-

(18) El primer acto de la «Regencia del Quintillo» (29 enero 1810) fue el re-
frendo de la convocatoria de Cortes.

(19) Es curioso observar que mientras en España ocurría el Dos de Mayo, los ingleses se preparaban para un ataque duro y continuado a la España americana. Su organizador debía ser Arthur Wellesley (nuestro Wellington de Torres-Vedras), más tarde Capitán General de las fuerzas de la independencia española.

(20) RODRÍGUEZ SOLÍS en *Los guerrilleros de 1808*, da ese número y los siguientes: 1808, cincuenta y ocho; 1809, ciento siete; en 1811, ciento cuatro; en 1812, sesenta y uno; 1813, treinta y cinco, y 1814, siete.

rrotar a Wellington, es decir, el ejército dispuesto a terminar la lucha con la victoria de Francia, según la visión francesa de la guerra española.

En esta decisiva campaña, de la que está históricamente demostrado que constituyó el momento inicial de la declinación de las armas napoleónicas en España, fueron principalmente tres guerrilleros los que crearon sobre el territorio ocupado las condiciones precisas para que el poderoso ejército francés, formado a tal fin, fuese como un islote en movimiento, capaz de ir a todas partes..., para no conseguir nada decisivo en ningún sitio. Mientras el ejército de Massena queda inmovilizado ante las líneas de Torres-Vedras por la acción de las fuerzas aliadas y por la ejercida sobre sus líneas de comunicación gracias a las guerrillas portuguesas y españolas, su oponente el anglo-luso-español es sólo y propiamente un «cuerpo de batalla», que no necesita auxiliarse de un ejército de ocupación para conservar su libertad de acción. La misión de asegurar sus comunicaciones, proporcionarse información y obtener la asistencia moral y material del pueblo, la tiene resuelta, en general, por las guerrillas.

Estos tres guerrilleros son don Julián Sánchez, Espoz y Mina y el Cura Merino. Don Julián actúa próximo a la base de operaciones del ejército francés invasor de Portugal. Mina lo hace por los caminos lindantes con Francia. El Cura de Villoviado ataca principalmente los puestos, correos y convoyes a lo largo de la importante vía de comunicación que, pasando por Burgos, es el camino natural de Francia, continúa por tierras de Palencia, y va a desembocar a Zamora o Salamanca, ésta de especial significación en la campaña de Portugal por su inmediata relación con Ciudad Rodrigo.

La guerrilla de Merino en 1810

El mejor testimonio de la importancia adquirida por la partida de don Jerónimo en 1810, es la activa persecución que el General Roquet, jefe del «quinto Gobierno» francés o distrito de Castilla, y al frente de 20.000 hombres, había desencadenado contra ella. La fama del Cura había llegado hasta Napoleón, y entre las órdenes cursadas a Roquet estaba la de «coger inmediatamente al cura», aunque para ello añadía, «sea necesario internarse en las sierras de Bur-

gos o Soria». Esta activa persecución se inició a mediados de 1810, y precisamente en mayo, cuando Massena pasó por Burgos para ir a dirigir la campaña de Portugal, Merino, burlando a sus perseguidores y atacando a la vez a un importante convoy en Quintana del Puente (Palencia), subrayaba el fracaso de Roquet y sus hombres e iniciaba su directa contribución al fracaso de la campaña de Portugal. Pero de esto nos ocuparemos luego.

Desde principios de 1810, Merino tiene grado de teniente coronel de Infantería, gracias al «particular mérito que habeis contraído en varias empresas contra el enemigo», según le dice desde Sevilla la Junta Suprema Central del Gobierno de España e Indias (21). Recuerda ya como un sueño una noche, una escopeta y el mesón de Quintanilla de la Mata, desde el que fue a ocultarse en un bosque inmediato para iniciar al amanecer su positivo balance de bajas enemigas. Ahora, tras el período de difícil organización de sus partidarios, llega a reunir los efectivos correspondientes a un batallón, núcleo originario del glorioso Regimiento de Arlanza, a más de un escuadrón, el de Húsares de Burgos que, también por propios méritos, llegaría a ser el Regimiento de Caballería de este nombre. Batallón y escuadrón tenían de inmejorable clase el arma más perfecta, el hombre; pero ni los caballos ni las monturas ni el equipo eran de la calidad deseable. Claro es que gracias a la asistencia del pueblo en hombres, confianzas y dinero —éste a través de las Juntas—, aquellas unidades van mejorando rápidamente. El 3 de abril consigue el Cura Merino en Hontoria del Pinar una notable victoria que Baroja contó novelescamente en «El Escuadrón del Brigante». Pero la acción merece pasar a la Historia: la información correctamente interpretada, la decisión ejecutada por sorpresa, la ayuda complementaria de los campesinos y la explotación del éxito hasta el límite de sus posibilidades..., todo indica que la guerrilla de don Jerónimo es ya una fuerza que cuenta muy eficazmente en la lucha.

Lucha que aumentaba en crueldad gracias a las medidas de los invasores y a las contrarréplicas de los que se defendían de la injusta agresión. Y crueldad que en definitiva favorecía a las guerrillas por creación en el pueblo del ambiente más propicio para la asistencia a los partidarios en la información y en los servicios de manteni-

(21) El documento se transcribe en las págs. 74 y 75 de la citada «Bibliografía».

miento. Así, el Decreto de José Bonaparte de 19 de abril de 1810 (22) declarando único Gobierno legítimo el suyo, y poniendo fuera de la ley a cualquier combatiente adversario. Y en análoga línea, ya en julio, el innoble recurso de los franceses que en la acción de Almazán apelaron al de fingir que se rendían, y tras el cual Dorseme hizo fusilar a varios prisioneros que tomó a Merino, para luego colgar sus cadáveres en Burgos (23).

El guerrillero contribuye al fracaso de Massena

Ya en abril de 1810 (24), Merino tiene noticias concretas sobre el ejército francés de invasión de Portugal. Sus informadores especifican, incluso, el próximo paso de un convoy destinado al sitio de Ciudad Rodrigo, plaza que con la portuguesa de Almeida ha de constituir la base de operaciones de la campaña lusitana.

Persigue el general Roquet a don Jerónimo. El Cura, para atacar el convoy, de cuya marcha tiene puntual noticia, ha de engañar al francés, y lo consigue. Divide sus fuerzas, hace que la mayor parte pase el Duero y se interne en los pinares de Segovia, y con unos 250 jinetes logra, el 3 de mayo, una de sus victorias de Quintana del Puente (Palencia). No podemos detenernos aquí en el relato de la preparación y ejecución del ataque. Pero sí diremos sus resultados: 45 prisioneros, 300 fusiles y 800.000 reales, a más de pólvora, municiones, herramientas y efectos muy diversos, sobre los que las fuentes sólo concuerdan en la importancia de la presa (25).

De mayor trascendencia son los hechos posteriores a la sorpresa de Quintana: el aumento considerable de los efectivos de la guerrilla y la confirmación del fracaso de Roquet, quien recibe orden de unirse con sus tropas a Massena en Salamanca. Este necesitaba concentrar todas las que se habían dedicado a la persecución del Cura Merino, pero el General Solignac, Gobernador de Bur-

(22) Número 159 del Boletín de la Institución «Fernán-González» (ver nota 9), pág. 248, nota 7.

(23) GÓMEZ DE ARTECHE Y MORO, José: *Ob. cit.*, tomo IX, pág. 418 ss.

(24) MARISCAL, Leandro: *Recuerdos de Jerónimo Merino*, en «Revista Científico-Militar», 4.ª serie, tomo II, pág. 224.

(25) Esta acción se relata en la «Biografía» citada en la nota 6, pág. 15, y, especialmente, en los «Recuerdos» de la nota 24, serie 4.ª, tomo II, págs. 640 y siguientes.

gos, y el General Duvernet, que mandaba en Soria, se reservan unos efectivos considerables (12.000 de un total de 20.000), que continuarán afectos a aquella misión de lucha contraguerrillera, y restarán así al ejército francés invasor de Portugal unas tropas por cuya presencia clamaba inútilmente Massena, mientras veía agotarse sus medios en una lucha sin resultado positivo (26).

La guerrilla de Merino continúa activa y sigue creciendo. El 6 de junio de 1810 ataca otro convoy francés en la Venta de Guimara (Burgos) y se apodera de una indeterminada cantidad de oro y prendas de uniformes. El oro y las prendas se reparten entre los guerrilleros: don Jerónimo se reserva unos pares de medias (27).

Viene luego la acción de Almazán de 10 de julio, citada antes como muestra del innoble proceder de las fuerzas francesas, y en la que Merino se ve obligado a retirarse, más que por la acción enemiga, por la propia escasez de municiones, achaque frecuente en las guerrillas.

Acción característica de nuestras partidas es la del ataque a las guarniciones francesas que tienen la misión de asegurar las comunicaciones. Covarrubias (Burgos), en los últimos días de julio, se ve atacada por el guerrillero burgalés y entre muertos y prisioneros, son baja los ciento doce soldados que la guardan.

Madrigal del Monte (Burgos), es testigo después de la acertada táctica guerrillera del cura de Villoviado, pues en lugar de atacar a fuerzas de entidad superior, las observa, llama la atención de su caballería y, cuando consigue separarla de las fuerzas de a pie, la hace objeto de una briosa carga, por la que se apodera de unas decenas de enemigos.

Quintanapalla luego, ya a finales de septiembre, es el escenario de otra característica acción de Merino. No en balde se inició en la lucha cazando correos, y aunque ahora vayan acompañados de fuertes escoltas, la victoria es también del atacante, previa una carga y por

(26) MARISCAL, Leandro: *Ob. cit.*, serie 4.^a, tomo II, pág. 773.

(27) Según «Biografía» de nota 6, pág. 15. Lo relata de un modo análogo el folleto anónimo «Historia del Cura Merino.—Relación exacta de todos los hechos de este guerrillero, tanto durante la llamada de la independencia en 1808, como en las dos civiles civiles del 21 y 34, emigración en Francia hasta su muerte». Valladolid, 1846; imprenta de D. Dámaso Santarán, Portales de Espadería, número 9.

sorpresa, que cuesta en este caso cuarenta bajas a los contrarios (28).

Problema gravísimo para Massena fue la alimentación de sus numerosas tropas sobre la «tierra quemada» que Wellington, en su retirada hacia las costas portuguesas, brindaba a sus enemigos. También el Cura Merino colaboró específicamente a esta tarea, sobre todo en un día de mediados de octubre, cuando consiguió tomar en tierras de Aranda de Duero cinco mil carneros expresamente destinados al ejército francés de Portugal.

Muy cerca de Burgos, entre Rubena y Villafría, ya a finales de octubre, corta un gran convoy y se apodera de diez carros que transportan cuatrocientas setenta y cinco arrobas de pólvora. Por algún tiempo, mientras las fuerzas de Massena agotan sus municiones, don Jerónimo se ve libre de los tradicionales apuros en este aspecto e incluso ayuda a municionarse a otras guerrillas próximas.

Como si la suerte quisiera complementar el botín, el 24 del mismo mes tomaba Merino a los franceses en las proximidades de Quintana del Puente cuarenta carros de plomo en barras que, unidas a dos mil fanegas de trigo y otros efectos diversos, suponen un grave quebranto para las necesitadas tropas invasoras de Portugal, las que se ven privadas también de cuatrocientos carneros y cuarenta carros de galletas, tomados por el Curra al poco tiempo, a un cuarto de legua de Burgos.

Ya en noviembre, Madrigalejo (Burgos) es el testigo de un encuentro importante de Merino con los franceses. En fechas posteriores, las noticias son imprecisas, pues no hay que olvidar que los hechos de los guerrilleros, por el poco tiempo que sus autores podían dedicar al «papeleo», no han pasado, ni mucho menos, íntegros a los documentos. Pero ateniéndonos sólo a datos comprobados, sabemos que el 11 de diciembre de 1810 pelea en los campos de Torralba (Soria), que de antaño conocían sus hazañas, y si bien el combate fue dudoso en cuanto a resultados materiales, constituyó uno más de los episodios que jalonaron la lucha frente a uno de sus perseguidores, Duvernet, que se veía en la necesidad de destinar a la contraguerrilla unas fuerzas por las que Massena seguía inútilmente clamando.

Sepúlveda más tarde, en la víspera de la Natividad del Señor, es el

(28) «Biografía» citada, pág. 15 y 16.

escenario en el que Merino hace a los franceses ciento veinticuatro muertos de un total de trescientos combatientes (29).

A principios de 1811 ostenta ya el Cura Merino sus insignias de coronel, grado que provisionalmente le confiriera la Junta de Burgos, y que luego habría de sancionar la Suprema de Cádiz. Por entonces, puede Merino dar un respiro a sus hombres, aunque se trate de un relativo descanso: instrucción militar, establecimiento de depósitos de armas, vestuario y equipo en puntos de las sierras que ofrecían seguridad. Pero todo ello, sin dejar de mantener el fuego sagrado de la lucha, pues sabemos que el 28 de enero ataca en Cevico-Navero a un enemigo superior en número y se apodera de setenta fusiles (30).

En marzo del mismo año de 1811, Massena, tras esperar inútilmente en Portugal los refuerzos y mantenimientos que con tanta insistencia solicitaba, ha de dar por terminada la invasión y retirarse. Un deber de justicia histórica nos obliga a proclamar que el Cura Merino contribuyó al fracaso de esta campaña, que fue la última ocasión favorable de Napoleón para obtener una victoria en España. Don Jerónimo actuó brillantemente en la medida de sus fuerzas, dentro de la habitual zona de acción de sus unidades y conociendo de antemano su objetivo final, principalmente por la información proporcionada por la Junta de Burgos.

Sin la acción de Merino, unida, desde luego, a la de otras guerrillas, Wellington no hubiera podido mantenerse tras las líneas de Torres-Vedras y, una vez embarcado en Lisboa el contingente inglés, la resistencia española, feliz combinación de la guerra regular e irregular, habría sufrido una crisis de tal gravedad como para que hubiese sido posible el triunfo del «capitán del siglo».

(29) «Biografía» citada, pág. 16.—«Historia anónima de la nota 27», pág. 5.—GÓMEZ DE ARTECHE Y MORO, *Ob. cit.*, tomo IX, pág. 420 y su nota 1.—MARISCAL Leandro, *Ob. cit.*, serie 4.^a, tomo III, págs. 312 ss. y 411 ss.—PÉREZ-RIOJA, José Antonio, *Soria en la Guerra de la Independencia*, en «Estudios de la Guerra de la Independencia», I, publicaciones del II Congreso de la Guerra de la Independencia y su época, Institución «Fernando el Católico», Zaragoza, 1964.

(30) «Biografía» e «Historia» anónima, citadas, págs. 16-17 y 5-6, respectivamente.—GÓMEZ DE ARTECHE, *Ob. cit.*, tomo IX, pág. 420 ss.

III. HONTORIA DE VALDEARADOS Y LOS PRISIONEROS FRANCESES (16 DE ABRIL DE 1812)

Arteche, el más concienzudo historiador de nuestra Guerra de la Independencia, tuvo ocasión de consultar un «manuscrito notabilísimo» de don Ramón de Santillán, nacido en Lerma (Burgos), oficial de la Caballería de Merino, luego eminente estadista y del cual el Estudio General de Navarra (31) publicó no hace mucho tiempo sus «Memorias». En éstas se hace constar la falta del primer cuaderno, fuente inapreciable para reconstruir la etapa guerrillera del Cura y que, hasta la fecha, no ha sido encontrado.

Los datos de Arteche tienen, pues, un indiscutible valor. Con ellos y con algunos otros deducidos de testimonios contrastados, vamos a recordar una acción bélica del guerrillero, importante como tal y por ser reveladora de la personalidad de don Jerónimo, tantas veces deformada por la caricatura y el panegírico (32).

Si Napoleón en 1811, con el fracaso de Massena en Portugal, perdió la mejor ocasión de obtener una victoria decisiva en la Península, la conquista del reino de Valencia por las tropas francesas compensó luego, en cierto modo, aquella desgraciada campaña. Iniciado ya el declinar de las armas napoleónicas, 1812 se caracterizó por la disminución de los efectivos franceses en tierra española, por la acti-

(31) SANTILLÁN, Ramón de, *Memorias (1815-1816)*. Edición y notas de Ana María Beraluce. Dos tomos. Colección histórica del Estudio General de Navarra, Pamplona, 1960.

(32) Para toda esta parte: GÓMEZ DE ARTECHE, *Ob. cit.*, tomo XII, págs. 398 y 399; págs. 485 y 486 (apéndice núm. 6).—*Historia anónima citada*, pág. 6.—PÉREZ-RIOJA, José Antonio, *Ob. cit.*, págs. 262 y 263.—MARTISCAL, Leandro, *Ob. cit.*, 4.ª serie, tomo III, págs. 439-445, 469-47.—MORENO, P. Domingo de Silos, *Ob. cit.*, núm. 159, 248 y su nota 7.—Del mismo P. MORENO, *Oración fúnebre por los vocales de la Junta muertos en Soria por los franceses*, Madrid, imprenta de Sancha, 1814. (Hay un ejemplar en la biblioteca de Santo Domingo de Silos); la «oración» fue pronunciada en la iglesia parroquial de Santa María, de Salas de los Infantes (Burgos).—«Biografía» citada en nota 6, págs. 24 y 35.

MARAÑÓN, Gregorio, *El Empecinado visto por un inglés*, traducción y prólogo de G. M., 4.ª edición, 1958.—El autor describe (págs. 145 ss.) la acción de Hontoria de Valdearados, mezclando realidad y fantasía. De su relato, deduce: «Merino era especialmente vengativo y cruel; y en aquellos días su furor asemejaba al de una tigresa privada de sus cachorros, porque la Junta que se había formado para regir los asuntos de la Provincia de Burgos y acarrear fondos para la guerra, había sido fusilado por el enemigo».

tud de Wellington y sus tropas, que pudieron pasar a la ofensiva, y porque durante él, a semejanza de lo ocurrido en 1808, se produjeron una serie de campañas presididas por grandes concepciones estratégicas.

Todo ello tuvo repercusión, naturalmente, en las zonas ocupadas desde el principio de la guerra por los invasores, así como la reconquista de Ciudad Rodrigo en enero y Badajoz en abril, preludeo esperanzador de la ofensiva que Wellington y sus fuerzas aliadas cerrarían más tarde brillantemente en Arapiles.

Sin embargo, en esencia, la misión de las guerrillas permanecía inalterable. Reducidas las fuerzas francesas a 210.000 hombres tras el envío de unos 20.000 a Rusia, la mayor parte de este considerable ejército estaba repartida por todo el territorio ocupado, intentando vanamente sofocar la insurrección nacional. Mina, que soportaba ruda persecución en Navarra, tomó contacto con el Cura Merino y otras guerrillas —Campillo y Longa, principalmente—, con el fin de mantener sin decaimiento la guerra en las provincias del Norte (33).

Burgos, capital, sometida desde la iniciación de la guerra al dominio francés, se despoblaba y muchos de sus vecinos, sobre todo desde principio de 1812, se marchaban a las guerrillas (34). La de Merino tenía semibloqueada la ciudad, a la que además de privar de víveres, hacía difíciles sus comunicaciones y, como consecuencia, provocaba en la población un progresivo sentimiento de hostilidad al invasor, cuyas medidas represivas sólo servían para hacerle cada vez más impopular.

Ya por entonces —las noticias son precisamente de marzo— (35), la fuerza de Merino había obtenido el reconocimiento y sanción por la Junta Suprema, de su organización militar. El proceso de «regularización» de la guerrilla no podía considerarse culminado. Un Regimiento de Infantería, el de «Arlanza», con tres batallones de casi mil hombres cada uno, y otro de Caballería, el de «Húsares de Burgos» con trescientos jinetes. Tropas ambas bien instruidas, armadas y equipadas, aunque los jinetes seguían siendo de inferior calidad que los infantes, debido a la dificultad de encontrar buenos caballos.

Con esta tropa don Jerónimo dominaba una extensa comarca, cuyo

(33) GÓMEZ DE ARTECHE, *Ob. cit.*, tomo XI, pág. 413.

(34) SALVÁ, Anselmo, *Ob. cit.*, pág. 112.

(35) MARISCAL, Leandro: *Ob. cit.*, 4.ª serie, tomo III, pág. 439.

centro era Salas de los Infantes (Burgos), en la que se vivía en relativa paz. Las fuerzas francesas, escarmentadas ya de pasadas aventuras frente al Cura, no penetraban en ella sino con gran lujo de precauciones, y, de contrario, éste, perseverante en su misión, no perdonaba destacamento, correo ni convoy, a los que pudiera atacar con grandes probabilidades de éxito. La persecución del guerrillero se había transformado en vigilancia y se le acechaba por si cometía alguna imprudencia. El mantenía de ordinario sus batallones y escuadrones diseminados, los reunía cuando lo creía oportuno, o los asignaba misiones independientes, según la finalidad y el enemigo.

* * *

Uno de los hechos de armas por los que al Cura Merino se le concedió la cruz de primera clase de la Real y Militar Orden de San Fernando, fue la acción de Hontoria de Valdearados. Dice el documento acreditativo: «Atendiendo al distinguido mérito que vos, don Jerónimo Merino, actualmente canónigo de la Santa Catedral de Valencia —estamos en 1816—, contrajisteis siendo coronel comandante de «Húsares de Burgos» el 16 de abril de 1812, batiendo con fuerzas inferiores a setecientos franceses, matando ochenta y aprisionando los restantes» (36).

No son muy dispares las cifras que da el Padre Domingo de Silos Moreno (37): «sesenta y tres muertos, noventa y siete heridos y más de quinientos prisioneros».

Arteche (38) con datos del citado manuscrito de Santillán, da unos efectivos franceses de «ochocientos infantes y un escuadrón», y coincide en la noticia de la absoluta victoria al escribir que «sólo pudieron salvarse cinco soldados para llevar la noticia».

Leandro Mariscal y Espiga (39), militar burgalés que escribió los «Recuerdos de don Jerónimo Merino», donde con datos ciertos parecen mezclarse otros imaginados que hacen de cada acción bélica de Merino un tema táctico de laboratorio, exagera los efectivos franceses y viene a coincidir en el recuento de las bajas enemigas.

Las bajas de la guerrilla pueden estimarse en ochenta y cuatro entre oficiales y soldados muertos y heridos. Y los combatientes de

(36) Su transcripción puede verse en la «Biografía» citada, pág. 36.

(37. 38 y 39) Ver nota 32.

este lado, más de doscientos jinetes y un batallón de infantes. Nos inclinamos, pues, a considerar las fuerzas equilibradas.

La acción de Hontoria de Valdearados, que se ha confundido a veces con la de Hontoria del Pinar (3 abril 1810), no fue provocada como Mariscal escribió, por el deseo de venganza nacido en el «cruel Merino» al tener noticia de la muerte afrentosa en Soria de los vocales de la Junta de Burgos el 2 de abril de 1812. La acción es una más de las típicas a cargo de las guerrillas. Se trataba simplemente de obligar a combatir a las fuerzas francesas de la guarnición de Aranda de Duero, que tenían por misión guardar este importante paso del río y proteger los correos y convoyes que transitaban entre Burgos y Madrid. Los franceses venían rehusando el encuentro con el Cura, se limitaban a acecharle, y ya desde fechas anteriores a las muertes de Soria, tenía don Jerónimo el propósito de lograr un encuentro en condiciones aptas para lograr la victoria.

Este es el punto de partida para juzgar objetivamente la conducta de nuestro guerrillero con los prisioneros de Hontoria. Pero hay un principio fundamental que no debe olvidarse, y es el de que entonces, como hoy, el guerrillero se movía sin posible escape en el círculo infernal de las represalias. Claro que lo hacía —Napoleón lo dijo— «como un hombre de honor», que se vio injustamente atacado por fuerzas regulares de superioridad abrumadora, que utilizaron desde el principio procedimientos de lucha irregulares, contrarios a las normas usuales del derecho de gentes. Entre ellos destaca el Decreto (19 de abril de 1810), por el que no se consideraba otro Gobierno legítimo que el de S. M. José I. Esta disposición, que venían a poner fuera de la ley a cualquier clase de enemigo, y que al parecer fue durante bastante tiempo letra muerta, es la que se aplicó en el juicio que llevó a la horca a los vocales de la Junta de Burgos.

Es preciso también señalar, como Santillán atestigua, que la detención de los vocales se produjo, gracias a los buenos oficios de un traidor, un tal Moreno, apodado por su elocuencia «el diablo predicador», que disfrutaba el cargo de comisario de policía en el bando francés.

Por otra parte, de numerosos testimonios sobre la situación general en el problema de las represalias, se deduce que «por política y cansancio» había remitido por entonces el primitivo furor que

llevó a la muerte a tantos prisioneros de ambos bandos. Coincidentally, en el ámbito particular de la guerrilla de Merino, tenemos el testimonio de Santillán, citado por Arteche, que dice: «Hacia ya algún tiempo que había cesado entre nosotros la carnicería de prisioneros, remitiendo todos los que recogíamos a la parte de Alicante; pero debía renovarse en esta ocasión con un motivo —se refiere a la muerte de los vocales— que no dejó de justificarla». Y añade: «La noticia de este hecho salvaje produjo en el país tal irri-tación que por todo él reclamaban venganza».

* * *

Tras estos antecedentes, veamos cuál fue el comportamiento del Cura Merino con los aproximadamente seiscientos prisioneros enemigos de la acción de Hontoria de Valdearados.

Mientras don Jerónimo combatía el 16 de abril en Hontoria, recordaría sin duda la muerte afrentosa de los vocales de la Junta de Burgos. Unido a ellos en la lucha constante y en el sacrificio, y superadas en común ingentes dificultades vividas sobre una tierra empobrecida que comenzaba a vivir de esperanza, atribuyó el triunfo a «una intervención del alma triunfante de las víctimas que protegieron a sus soldados desde el cielo». Así lo hizo constar en la «Gazeta Clandestina» de 28 de abril de 1812, y el Padre Domingo de Silos Moreno, que nos da en sus «Memorias» la noticia, añade que don Jerónimo se encontraba «moralmente muy impresionado por la muerte de sus amigos y colaboradores».

El Cura Merino, jefe supremo de las unidades guerrilleras en la zona por él dominada y único representante entonces del mando militar por reconocimiento y aprobación de la Junta Suprema, hubo de tomar una rápida y grave decisión. Para ello consultó con los jefes de unidades: algunos, militares profesionales de reconocido prestigio, otros estudiantes y letrados que habían conquistado su despacho al mismo tiempo que su veteranía. Tras la consulta, don Jerónimo decidió fusilar «veinte hombres por cada uno de los vocales de la Junta ahorcados, diez por el Secretario de Intendencia, y tres por cada uno de los supuestos fusilados en Aranda», los cuales eran varios guerrilleros que constituían la guardia de la Junta y que, según se supo más tarde, pudieron escapar. En total, ciento diez hombres.

Había en poder de Merino, según hemos dicho, unos seiscientos prisioneros, entre ellos veinticuatro oficiales. «El diablo predicador», el comisario Moreno, el «enemigo más peligroso», según Santillán, se encontraba en Burgos recibiendo los parabienes por su hazaña.

Santillán mismo escribe: «Se trató, pues, de acabar con él —con Moreno— a todo trance, y uno de los medios a que acudieron fue el proponer al Gobernador de Burgos, General Cafarelli, su canje por los veinticuatro oficiales que teníamos en nuestro poder, amenazando con fusilarles a todos si no accedía a este canje o mutua entrega. Se dio conocimiento de esta propuesta de los oficiales prisioneros, excitándoles a que escribieran a sus compañeros de Burgos para que la apoyasen, y así lo hicieron, entregando gran número de cartas que sin dificultades fueron distribuidas en aquella ciudad».

El Gobernador francés de Burgos, luchando entre los ruegos de sus oficiales y los de los afrancesados protectores de Moreno, contestó diciendo que no tenía facultades para acceder al canje y que lo consultaría con el Emperador. Al mismo tiempo, envió a Moreno a Pamplona.

Dejemos a Santillán que nos cuente el final de la historia: «Se habían establecido entre ellos —los oficiales franceses prisioneros— y nosotros relaciones afectuosas; nadie pensó en maltratarles, decidiéndose al fin que yo los condujese al Cuartel General de Potes (General Mendizábal) de paso que iba a recoger el convoy que había vuelto a Rivadesella. Les conduje, en efecto, llevándoles montados y tratándoles más como amigos que como enemigos, y excitando su gratitud hasta el punto de derramar lágrimas al darme el abrazo de despedida a la puerta de la cárcel de Potes, en la cual se me mandó hacer entrega».

El resto de los prisioneros habían sido ya conducidos a las montañas de Santander «con la mayor consideración» y allí entregados a don Francisco Longa en unión de cuarenta y seis más que los guerrilleros hicieron por el camino al atacar la escolta de un correo francés.

* * *

Ahí está la historia que es también justificación. Viniendo al presente, cualquier doctrina sobre la guerra de guerrillas nos dirá que ésta resulta imposible si no se dan dos condiciones comunes

a cualquier tipo, un apoyo popular activo y una motivación bien arraigada.

Tras la muerte afrentosa de los vocales de la Junta de Burgos, a la que las autoridades francesas sumaron la inútil crueldad de sacar violentamente de la iglesia de Soria donde se decían los funerales los cuerpos de las víctimas para luego negarles sepultura, con muchas más circunstancias reveladoras de un ensañamiento, poco común incluso en aquella guerra tan cruel... Tras esas muertes y sin las represalias tomadas por el Cura Merino, ¿se habría mantenido aquel apoyo popular, hecho de constantes sacrificios? ¿Qué nueva Junta podría haberse formado con alguna garantía de supervivencia tras la actuación de las autoridades francesas? ¿Cómo se habría mantenido viva la motivación patriótico-nacional de la difícil lucha al dejar sin castigo a los ejecutores de unos héroes nacionales?

No en balde se afirma en una revista militar norteamericana de reconocido prestigio: «Los guerrilleros se ven obligados a vivir y combatir como animales salvajes, y al mismo tiempo deben estar investidos de un más alto sentido de responsabilidad nacional, deber patriótico y conciencia de sí mismo, que sus compañeros que permanecen detrás, y muchas veces que los soldados regulares en el frente».